

Tras la crónica roja

"El zorzal ya no canta más", de

Gustavo Meza

Dirección: G. Meza

Escenografía e Iluminación:

Guillermo Ganga

Vestuario: María Francisca Rozas

Música: Gardel-Lepera y

Juan Cristóbal Meza

Con: Elsa Poblete, Tennyson Ferrada, Oscar Hernández, Marcela Solervicens, Blanca Turrientes, Rosa Ramírez, Luz Berríos, Ingrid Leyton y Marco Monsalve
Teatro Nacional en el T. Antonio Varas

Hans Ehrmann

No ha de sorprender que Gustavo Meza pertenece a una generación que reservó uno de sus pedestales para Brecht. Como autor y director, en este caso inseparables, trata una historia con base real que, planteada de esta forma, rápidamente conduciría a sanciones del Consejo Nacional de

Televisión si fuera llevada a "Mea culpa". O bien, escenificada de otra manera, pudo transformarse en un insoportable melodramón teatral. Lo que hace Meza es presentar el asunto y, un poco a la manera del dramaturgo alemán, lo escudriña desde cierta distancia. Sin excluir la emoción, no la busca para convencer o abrumar. Su fuerza está más bien en que una situación de crónica roja, aparentemente fuera de lo común, llega a parecer cotidiana.

Agustina (Elsa Poblete) y sus dos hijos matan al 'Zorzal' y lo descuartizan para enterrarle. Luego, al realizarse la reconstitución del crimen, en un aparente contrasentido, las mujeres de la población realizan manifestaciones en su apoyo.

En un comienzo todo fue distinto. Al 'Zorzal' le decían así por su parecido con Gardel, cuyos discos atesoraba.

En esa primera etapa es un personaje estilizado e idealizado, casi romántico y se desempeña como presencia muda (Marco Monsalve). Después, cuando se le ve con sus verdaderos colores (Oscar Hernández), el tono y estilo dan lugar a un sobrio realismo. Puede que quepa otra interpretación del dualismo de actores, pero los estilos están claramente desarrollados en el montaje.

Con el tiempo las cosas cambian. El 'Zorzal' acosa a Marcela, la hija colegiala (Marcela Solervicens) y su hermano Alejandro, también escolar (Blanca Turrientes). A él, en su momento también intentará violarlo, amén de dejar embarazadas a madre e hija, situaciones que finalmente desembocan en el asesinato. Todo aquello se revive a través del coro de tres mujeres de la población y del juez (Tennyson

Ferrada) que, frente a las realidades ambientes, casi parece un ser de otro mundo, inoperante y metódicamente burocrático, aunque bien intencionado. A diferencia de él, las pobladoras saben que mucho de lo sucedido forma parte del diario vivir.

La interpretación es pareja, de considerable calidad y privilegiar a unos y otros podría ser arbitrario. La escenografía de Guillermo Ganga tiene el mismo resabio brechtiano que el montaje y la obra de Meza, aunque puedan quedar algunos cabos sueltos, es terriblemente inquietante.

Así, aunque no lo podía anticipar cuando configuró su programa para este año, el Teatro Nacional nuevamente dio un tema candente: con "La pequeña historia de Chile", la educación y la memoria nacional; ahora, la violencia intrafamiliar.